
Carmen Scocozza. Ph.D. en Teoría e Historia de las Instituciones Políticas Comparadas en el Departamento de Teoría e Historia de las Instituciones de la Università degli Studi di Salerno. Posdoctora de la misma Universidad. Desde el 2007 hasta el 2012 ha sido docente de Historia Contemporánea e Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad de la Tuscia (Viterbo). Investigadora Senior (Colciencias). Desde el 1 de agosto de 2012 es profesora de la Maestría Internacional en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia. Entre sus publicaciones se destacan: *Aleksandr Herzen e il Risorgimento Italiano*, Milán, Mimesis, 2010; *La Guerra Tibia. Rusia y EE. UU. en el siglo XXI*, Bogotá, Penguin Random House, 2017; *Del Pueblo soberano al soberano del pueblo* (con L. Picarella Eds.), Bogotá, Penguin Random House, 2019.

Contacto: cscocozza@ucatolica.edu.co

POPULISMO “A LA RUSA”. UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA¹

Carmen Scocozza

Universidad Católica de Colombia

POPULISM “IN A RUSSIAN WAY”. A HISTORICAL APPROACH

Resumen

El artículo quiere ofrecer una reflexión sobre la peculiaridad del populismo ruso que, a lo largo de los años, ha perdido la originaria connotación para afirmarse como un fenómeno híbrido que une elementos propios del populismo contemporáneo con aspectos específicos de la tradición rusa. La escasa participación de cuerpos intermedios, el uso de un discurso mesiánico para justificar nuevos proyectos políticos, y la afirmación de líderes carismáticos que actúan en nombre de un pueblo visto como una masa indistinta incapaz de hacer oír su voz, son condiciones propias de fenómenos populistas que han caracterizado la historia de Rusia también. El mismo Putin, a pesar de no haber surgido de una plataforma populista, se ha convertido en un modelo de referencia para los populistas del siglo XXI perpetuando en su país un sistema que impide la consolidación de una democracia sustancial en favor de un poder autoritario fuertemente personalizado.

¹ Fecha de recepción: 13 de Septiembre 2019; fecha de aceptación: 12 de Octubre 2019. El presente artículo es el resultado de un proyecto de investigación desarrollado como miembro del grupo “Aldo Moro” de la Maestría Internacional en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia en convenio con la Università degli Studi di Salerno.

Palabras clave

Populismo, Herzen, Putin, Democracia Soberana, Rusia.

Abstract

This article intends to reflect on the Russian populism peculiarity. Indeed, over the years it lost its original feature to be asserted as a hybrid phenomenon combining parts of the contemporary populism with specific aspects of the Russian tradition. The scarce participation of the intermediate bodies, the use of a messianic argument to validate new political projects, and the success of charismatic leaders acting on behalf of people considered an indistinct crowd unable to make its voice heard are characteristics of populist phenomena featuring of the Russian history as well. The same Putin, although not emerged from a populist platform, converted himself in a reference model for the twenty-first century populist movement perpetuating in his nation a system forbidding the consolidation of a substantive democracy in favour of a strongly personalised authoritarian power.

Keywords

Populism, Herzen, Putin, Sovereign Democracy, Russia.

Introducción

Una amplia literatura considera el populismo como una “patología endémica” de la democracia. La connotación negativa dada a este término deriva de la idea que, desde el nacimiento de gobiernos democráticos, figuras demagógicas han siempre intentado manipular las pasiones de los pueblos con la finalidad de acrecer su propio poder personal. En realidad, el populismo puede considerarse un elemento “consustancial” a la democracia que no causa particulares preocupaciones en una democracia robusta cuando, a través de sus instituciones políticas y de una sociedad civil crítica con respecto a fórmulas demagógicas propuestas, es capaz de limitar sus efectos. La situación cambia radicalmente si, en un contexto de crisis económica, política y social, se afirma como un movimiento portavoz de una “democracia más auténtica” que, en la realidad, puede llegar a acabar con instituciones ya debilitadas (Rivero, Zarzalejos y del Palacio, 2017, pp. 23-24). De hecho, en el momento en que hay una falta de confianza en la democracia y en los partidos, que se convierten en los culpables del sentido de frustración de la sociedad, se asiste a una división maniquea entre una elite corrupta y un pueblo virtuoso que reduce progresivamente los espacios de comunicación entre representantes y representados y determina una progresiva pérdida de autoridad de los políticos (Rivero, 2017).

Será por esta razón que, hoy en día, el deterioro de la legitimidad de la democracia representativa, y el nivel de incertidumbre que caracteriza las actuales sociedades, se han acompañado a una afirmación de fuerzas populistas de izquierda y derecha que impulsan a los votantes a respaldar liderazgos crecientemente radicalizados.

Se ha visto, así, una afirmación de nuevos autoritarismos y regímenes híbridos representativos de las complejidades políticas de este particular momento histórico. Sistemas políticos que quedan en un espacio intermedio donde las ciencias sociales tratan de escapar de definiciones categóricas, conscientes que es siempre más difícil definir el límite entre una dictadura y una democracia defectuosa. Que sean sistemas híbridos, democraduras, democracias imperfectas, en realidad “su estabilidad es mayor a la que se supone, ya que a lo largo del tiempo no se desplazan hacia dictaduras cerradas ni hacia democracias abiertas y han encontrado desde hace años su propio equilibrio, sensible al contexto histórico y político” (Merkel, 2017, p. 48).

Si, de acuerdo con la clasificación de Wolfgang Merkel, entre los 200 países del mundo solo 65 pueden considerarse plenamente democracias y 45 autocracias, hay una mayoría de realidades políticas caracterizadas por regímenes intermedios manifestados en

diferentes formas. Entre estos, una mención especial merece seguramente la Rusia de Putin. Un país que sigue su *osobij put'*, su camino peculiar, que escapa de cualquier clasificación, y que se ha convertido en un modelo de referencia para los varios representantes de este populismo del siglo XXI, fascinados por la imagen proyectada por el presidente ruso de leader enérgico y tradicionalista (de Pedro, 2017).

Raíces históricas del populismo ruso

Es bastante difícil llegar a una definición unívoca de populismo, término bajo el cual se reúnen una cantidad de modelos teóricos y sistemas políticos que, en general, tienen como elemento en común una “relación conflictiva” con la democracia representativa; sin embargo, cada reflexión sobre el populismo empieza haciendo referencia al origen de un movimiento que se hundió en la realidad rusa de la mitad del siglo XIX y que se inscribe en una interpretación positiva del fenómeno visto como un regreso a los ideales democráticos de participación/colegialidad/libertad (Laclau y Mouffe, 2001)².

De hecho, con el término *narodničestvo* se indicaba un grupo de intelectuales radicales que pusieron al pueblo (*narod*) en el centro de sus reivindicaciones con el objetivo de rescatarlo de las dramáticas condiciones de vida en las cuales permanecía. Un rápido recorrido histórico sobre la manera en que se afirmó y actuó este movimiento permite, así, entender cómo, a lo largo de los años, se haya llegado a una distorsión de este término que ha perdido la originaria connotación para convertirse en algo muy diferente.

En general, cuando se habla del primero populismo ruso se considera una heterogénea orientación ideal que se difundió entre los estudiantes y los grupos intelectuales con el intento de encontrar una “vía rusa al socialismo” donde combinar los objetivos revolucionarios en un país predominantemente agrario.

Después de la dramática conclusión de la revuelta decembrista, en 1825, la llegada al poder de Nicolás I había precipitado al imperio en un contexto de inmovilismo total, marcando ulteriormente la distancia con el resto del continente europeo. Frente a la dura conducta represiva del zar, que se ganó el apodo de “gendarme de Europa”, era

² Si bien el objetivo de este artículo no es analizar el debate teórico sobre el populismo, recordamos que esta interpretación positiva del fenómeno de Laclau y Mouffe puede conectarse al originario populismo ruso, así como al populismo norteamericano de las *farmer* y del *people's party*. Taggart (2000) considera también la oportunidad de regresar a un sentido tradicional para encontrar una definición mínima común. Mény y Surel (2004) plantean como central la relación entre líder y pueblo que Tarchi (2003) analiza como un estilo político, Mudde (2004) desde la perspectiva de una ideología débil y Canovan (1999) enfatizando la dimensión de un lenguaje que simplifica procesos políticos mucho más complejos.

impensable cualquier tipo de participación política de parte de los sectores más progresados. La sola posibilidad de escapar de esta realidad fue dada por la especulación filosófica que vio, en esos años, el prosperar de varias corrientes de pensamientos que se interrogaban sobre el destino de Rusia y las razones de un desarrollo atípicos con respecto a los demás países europeos (Malia, 1972). En este contexto, el fracaso de las revoluciones en 1848 representó la oportunidad para reconsiderar los límites de una agitación política sin una contemporánea revolución social y reevaluar las posibilidades de Rusia que, sin haber conocido la derrota de los occidentales, en virtud de su peculiaridad histórica, parecía ser la más apta a realizar una verdadera transformación social.

En otras palabras, la total ausencia de los más elementales derechos y libertades, los siete años sombríos que siguieron a 1848, lejos de producir desesperanza o apatía, imbuyeron en más de un pensador ruso el sentido de una antítesis completa entre su patria y las instituciones relativamente liberales de Europa que, de modo paradójico, luego fueron la base del optimismo ruso (Berlin, 2008, p. 38).

La ausencia de tradiciones podía transformarse de punto débil en factor de fuerza y permitir al imperio zarista aprovechar la experiencia occidental sin pasar por la revolución burguesa. Desde esta perspectiva, el socialismo ruso, con el campesino como principal protagonista de esta transformación, representaba una respuesta al fracaso de las revoluciones europeas. Partidario de esta visión, que convertía el retraso del imperio zarista en una oportunidad, fue el filósofo ruso Aleksandr Herzen, definido por Franco Venturi (1972) “el creador del populismo” (v. 1, p. 3). El intelectual fue entre los primeros en darse cuenta de la importancia de ampliar la participación política de los rusos involucrándolos en un debate que tenía como objetivo último la reforma social del imperio. De hecho, desde el 1852, año en que se trasladó a Londres, Herzen empezó una importante actividad como periodista culminada, con la colaboración del amigo Ogarev, con la difusión de la revista *Kolokol* (La Campana), publicada entre el 1857 y 1867 (Nečkina, 1960-62). Todos sus esfuerzos de llegar a fuerzas externas a los limitados círculos de la intelectualidad rusa serán el ejemplo a seguir para los populistas en las décadas siguientes.

La llegada al poder de Alejandro II, y la abolición de la servidumbre de la gleba en 1861, representó la esperanza de un posible cambio: si en ese momento una revolución centrada en el campesinado pareció más cerca, todavía más urgente era la instauración de un diálogo con el resto de la sociedad para sentar las bases de

una acción común. Sin embargo, mientras que el pueblo representaba la principal fuerza inspiradora del originario movimiento revolucionario ruso, en la práctica la aspiración de estos intelectuales de ser los portavoces de un deseo de liberación se enfrentaba con una realidad bastante diferente. Por un lado había dificultades objetivas, consecuencias de la censura existente en el imperio zarista, por el otro, más allá de las declaraciones de buena voluntad, parecía bastante arduo llegar a una auténtica comunicación entre el mundo intelectual, que imaginaba un futuro desarrollo revolucionario en Rusia, y el resto de la sociedad, interesada en su supervivencia más que en estériles debates teóricos.

De todas formas, el “zar reformador” pareció transformar en realidad el proyecto de una posible colaboración entre Gobierno, intelectuales y pueblo para mejorar las condiciones de vida en el imperio. En particular, el mismo Herzen (1958) decidió atenuar el componente revolucionario en favor de un proceso de reformas graduales (pp. 21-29), sin dejar todavía de utilizar su revista para renovar la invitación “a ir al pueblo”, dedicarse a sus necesidades y penetrar en ello (Williams, 2001).

En general, las contradicciones de su pensamiento, y el abandono de las ideas revolucionarias en favor de una temporánea confianza en el nuevo zar, lo convirtieron en un personaje discutido que, “cuando en los años sesenta el populismo se convertirá en una corriente política (...) será olvidado y renegado, por haber transmitido a la nueva generación su vida de investigador y pensador crítico, y no un pensamiento concluido” (Venturi, 1972, p. 3).

De hecho, el fracaso de cualquier intento de poner el “Kolokol” como guía de la principal organización populista, *Zemlja y Volja* (Tierra y Libertad)³, fundada en 1861 por Serno-Solovevič, y las divergencias con los demócratas rusos más radicales —Černyševskij, Dobroljubov y Bakunin solo para mencionar algunos— representó el comienzo del declino de Herzen y de una nueva etapa en el cual el populismo trató de pasar de la especulación teórica a la acción revolucionaria. Por esta razón, la herencia herzeniana tiene que ser entendida en un sentido más amplio: a pesar de no haber dejado una verdadera organización, la acción del filósofo ruso ayudó a analizar de manera nueva la realidad circundante y abrió los ojos sobre la necesidad de informar y educar al pueblo para convertirlo en el principal artífice de su futuro (Scocozza, 2016).

En esos años la decepción por las promesas incumplidas y las reformas parciales llevó a un desemboque siempre más radical del movimiento hasta llegar a considerar

³ Cabe resaltar que esta primera organización no tuvo particular éxito, sin embargo “es importante como anillo de conjunción entre las dos fases de las ideas y de la acción” (Seton-Watson, 1971, p. 337).

el terrorismo la opción más viable para despertar la conciencia del pueblo y crear las condiciones para una insurrección general. Se empezaron, así, a organizar ataques terroristas, con un primer intento, fracasado, de asesinar a Alejandro II en 1866 (Eklof, Bushnell y Zakharova, 1994). En un contexto siempre más tenso, el Gobierno reaccionó duramente lanzando una ola de represión que impuso una reflexión sobre la oportunidad y la eficacia de esta acción revolucionaria. Regresó, entonces, al centro del debate la importancia de realizar un apostolado para llegar a los sectores hasta ahora excluidos de una verdadera educación política; entre 1873 y el 1874 se intentó, por ende, realizar la exhortación herzeniana de mudarse a los pueblos con cientos de jóvenes que intentaron difundir entre los campesinos sus ideas de rescate social. Se trataba, de todas formas, de un grupo variado en el cual coexistían posiciones bastante diferentes entre los que querían politizar a los campesinos y empujarlos a levantarse y los que veían en esta experiencia una oportunidad para conocer sus condiciones de vida y sentar las bases para crear una visión compartida sobre el futuro de Rusia. En general, a pesar del entusiasmo de estos jóvenes, el contexto en el cual actuaban era dificultoso: los revoltosos fueron objeto de persecución por parte de la policía, a veces denunciados por los campesinos mismos, mientras que la mayoría de la población parecía bastante insensible a la propaganda revolucionaria (Daly, 1998).

La reflexión sobre la necesidad de organizar de manera más estructurada el movimiento para obtener algunos resultados significativos llevó al nacimiento, en 1876, de una nueva organización que, retomando el antiguo nombre, *Zemlja i Volja*, se comprometió en una obra de educación del pueblo que no fuera tan discontinua, sino preparada a través de pequeños grupos que vivían con los campesinos y actuaban con ellos con la finalidad de promover las insurrecciones en el campo. Efectivamente, esta nueva política permitió conseguir unos logros, como la realización de pequeños levantamientos en las provincias del imperio; sin embargo, la convivencia con los campesinos ayudó a entender que las condiciones no eran maduras para convertir un instituto como el *obščina* —la comuna campesina— en el punto de partida de un nuevo orden socialista. El mundo rural era mucho menos revolucionario de lo que se había imaginado y además era casi imposible convertir en una sola fuerza unitaria la dispersa población de los pueblos rusos. Por esta razón, se empezó a considerar las potencialidades de los centros urbanos, donde pareció más viable la acción de proselitismo entre aquellos que llegaron de los campos a trabajar en las fábricas. Si la acción de difusión de las ideas revolucionarias no había dado los resultados esperados, se reconsideró la opción terrorista como el arma más eficaz para golpear la estructura piramidal del Gobierno. La nueva

organización, *Narodnaja Volia* (“la voluntad del pueblo”), nacida en 1879, lanzó, consecuentemente, una campaña de terror que tenía como objetivo principal el asesinato del zar. Asesinato que se cumplió en el mes de marzo de 1881, pero sin representar, como habían imaginado sus organizadores, el punto de partida de la esperada insurrección popular (Seton-Watson, 1971, pp. 359-391). De lo contrario, la trágica muerte de Alejandro II puede ser considerada como el comienzo del declive del movimiento populista: la fuerte represión que siguió a esta acción violenta descartó, de hecho, cualquier posibilidad de reformas a través de un dialogo entre autocracia y fuerzas progresistas.

¿El Putinismo como nuevo populismo?

Desde esta inicial reconstrucción del primer populismo ruso se destaca que haya sido una experiencia revolucionaria fundada en la idealización del pueblo por parte de intelectuales que, en realidad, no conocían el objeto de su propia especulación. Parece bastante claro que esta corriente de pensamiento del siglo XIX tiene muy pocos puntos de contacto con el populismo contemporáneo. Podría a lo mejor insertarse en una definición bastante amplia de populismo, si con esto termino se quiere hacer referencia a “todas las experiencias políticas, sociales o ideológicas que apelan a la categoría de “pueblo” o explotan de alguna manera el descontento de los de abajo con los de arriba, de los pobres con los ricos, de los sin poder con los empoderados” (Ulianova, 2003, pp. 159-160). En realidad, el populismo histórico ruso carecía de uno de los elementos más característico del actual fenómeno: la presencia de un líder carismático capaz de dialogar directamente con la comunidad sin necesidad de intermediarios.

Conscientes de la oportunidad de buscar una nueva palabra que no generara equivocación con respecto al anterior movimiento populista, en la misma Rusia se introdujo, al final del siglo XX, el termino *populizm*, para definir experiencias políticas en las cuales líderes carismáticos se dirigían a las masas utilizando, a veces, eslóganes demagógicos y racistas. En particular se acusó al presidente Eltsin de utilizar las herramientas populistas en contraposición con la acción de Gorbačëv quien, buscando un camino gradual y a menudo impopular, perdió gran parte del apoyo de los rusos (p. 170 y ss).

Si es verdad, así como lo afirma Taggart (2000), que el populismo es un concepto “slippery” (p. 1), viscoso, que incluye una cantidad de fenómenos entre los cuales resulta bastante difícil encontrar un común denominador, de todas formas, es posible identificar algunos elementos claves presentes en este heterogéneo panorama. Entre estos, vale

la pena mencionar una relación antagónica entre el pueblo y la elite, con la valorización del primero y una denigración de la segunda, una fuerte personalización del poder por parte de quien se presenta como alternativa a la vieja clase dirigente corrupta, el convencimiento de vivir en una época de crisis y ruptura, la hostilidad hacia la política representativa en favor de la democracia directa y la defensa del pueblo considerado en su totalidad como algo que se tiene que defender contra enemigos internos y externos (Roodujin, 2014).

Estas características están presentes en varios países donde se ha empezado a interrogarse sobre la relación existente entre los fenómenos populistas y los procesos de degeneración en curso. Frente a este escenario, la misma involución autoritaria de Rusia ha impuesto una reflexión sobre la posibilidad de considerar una forma de populismo la fuerte personalización del poder realizada por Putin. No deja lugar a dudas que, a lo largo de la historia rusa, se hayan siempre encontrado elementos específicos del fenómeno populista: solo por mencionar algunos ejemplos, muchas veces los cambios radicales vividos por los rusos se han acompañado de la apelación a elementos de la cultura tradicional hasta llegar a su mistificación, a un discurso mesiánico para justificar nuevos proyectos políticos, realizados en la mayoría de los casos con una escasa participación de los grupos intermedios, por parte de un líder carismático en nombre del pueblo. Un pueblo que, históricamente, se ha presentado como una masa indistinta, incapaz de hacer oír su voz, un falso objeto utilizado en momento cruciales para legitimar un Estado centralizado en ausencia de instituciones fuertes y radicadas⁴.

Rusia se destaca, entonces, por ser una realidad peculiar que se hunde en la autocracia, donde todas las grandes transformaciones han sido el producto de la acción de un único actor, en una peligrosa relación entre el destino del país y del hombre que lo gobierna en un momento dado. Si se considera la vastedad del territorio, la rigidez del clima y las distancias entre los varios centros habitados que impedían contactos constantes, se pueden entender las razones por las cuales nunca se afirmó una clase media o una cultura urbana, ni se desarrollaron de manera adecuada instituciones que, como en el caso de los demás países occidentales, representaron progresivamente una limitación a la acción del soberano. De lo contrario, en ausencia de cuerpos intermedios, y frente a la necesidad de proteger un territorio muy extenso y sujeto a continuas

⁴ En particular, Mèny y Surel (2004) consideran como la relación entre el pueblo y líder político represente un eje cardinal para reflexionar sobre el fenómeno populista y el problema de la representación y distribución del poder; asimismo, Canovan (1999) destaca cómo esta extrema identificación entre el pueblo y la persona que actúa en su nombre pueda llevar a la desaparición del mismo pueblo como sujeto autónomo e independiente, como históricamente ha pasado en el caso de Rusia.

invasiones extranjeras, se afirmó una estructura militar y fuertemente centralizada que ha obstaculizado un normal desarrollo democrático interno (Pipes, 2005).

De manera que, alrededor del mismo concepto de democracia, no se ha llegado en el país a una interpretación unívoca. Mientras que en época soviética se distinguía entre “las democracias burguesas” y “las democracias populares”, en los años noventa “el concepto de *democracia* se asoció con las privatizaciones ilegales, la corrupción, el caos económico, la pauperización generalizada, la violencia de las bandas callejeras y la mafia” (Milosevich, 2017, p. 322). En una dramática historia de frustraciones y decepciones, el pueblo ruso ha preferido, así, descargar sobre el gobernante la responsabilidad del proceso decisional en cambio de seguridad y protección. Si ya la Constitución de 1993 sentaba las bases para un “super-presidencialismo” que excluye la existencia de poderes independientes, la llegada de Vladimir Putin ha representado la respuesta a los años de caos y corrupción de la anterior presidencia de Eltsin ofreciendo orden y estabilidad, pero a costa de una ulterior limitación de la libertad política.

Si entonces la peculiaridad de la historia rusa, y el fracaso de la transición democrática, ayudan a entender la actual crisis política interna que no puede ser imputada solo a las tentaciones autoritarias del actual presidente, parece interesante evaluar también si es posible encasillar el fenómeno Putin en la categoría del populismo. Indudablemente, el presidente ruso encarna algunas características propias de los líderes populistas: es un personaje carismático que se dirige constantemente a su población evocando el pasado imperial como respuesta al descontento popular, se apela a los valores tradicionales para hacer frente a los problemas sociales y al patriotismo para favorecer la unidad nacional (Casula, 2013).

Para utilizar las palabras de Migranyan, la Rusia de Putin “no es una democracia, pero es en nombre del pueblo y para el pueblo. La base electoral principal de Putin es el pueblo. Todo su poder proviene del apoyo del pueblo” (citado por Tipaldou, Casula, 2018, p. 136). Si su modo de ejercer la política ha llevado a algunos académicos a comparar al presidente de Rusia con otros políticos populistas europeos (Fish, 2017, pp.67- 68), no se puede subestimar el hecho de que Vladimir Putin no llega al poder desde una plataforma populista, sino como sucesor designado por el anterior jefe de Estado. Asimismo, si en el resto del mundo el populismo se presenta como “una elección democrática en favor de un menor liberalismo” (Oliker, 2017, p. 18), en el caso de Rusia tampoco se puede hablar de un deterioro de las instituciones democráticas en la medida en que, como ya hemos evidenciado, en el país nunca se ha afirmado un sistema de pesos y contrapesos análogo a los otros sistemas políticos occidentales.

Más allá de estas diferencias, que nos llevan a hablar de un “populismo imperfecto”, no se puede no considerar que la realidad rusa parece el terreno ideal para la proliferación del populismo. En particular, cuando en el 2006 Vladimir Surkov llegó a la definición del Estado ruso como de una *suverennaya demokratiya*, una democracia soberana donde el ejercicio del poder se identifica con un vértice personalizado, que se legitima por sí mismo y no necesita aprobación por parte de actores externos, se intentó “reconciliar lo irreconciliable, la democracia occidental y el populismo” (Milosevich, 2017, p. 325). La narración de la democracia soberana sirve, así, para justificar la existencia de un Estado híbrido que cumple con las exigencias de la democracia formal, como un sistema multipartidista, elecciones libres, libre mercado etc, impidiendo al mismo tiempo la consolidación de la democracia sustancial y perpetuando el poder autoritario personalizado. Una “democracia a la rusa”, la reivindicación de un modelo sociopolítico autónomo y la afirmación de valores tradicionales y patrióticos contra la occidentalización vista como evolución inevitable. En esto últimos años hemos visto, entonces, cómo se ha definido una nueva identidad rusa utilizando el paradigma de la contraposición donde Occidente, de lugar ideal en el cual integrarse, se ha convertido progresivamente en el enemigo del cual protegerse. Se ha afirmado, así, bajo la presidencia Putin, lo que Zanatta (2013) define un “liderazgo maniqueo”, donde el líder tiende a “exasperar una visión maniquea del mundo y de las relaciones sociales como terreno de lucha entre bien y mal, entre amigos y enemigos, sin ningún compromiso posible” (p. 25).

En este contexto, la guerra de Crimea de 2014 ha representado una oportunidad para utilizar la movilización militar y patriótica y desviar la atención de los problemas internos. Putin ha seguido, así, una política de “populismo beligerante” con el objetivo de aumentar su nivel de consenso entre la población. Si es verdad que la guerra y los conflictos permiten una polarización del *nosotros contra ellos*, “la crisis ucraniana ha abierto un espacio en el que ha entrado en acción la dimensión populista en la actual política rusa” (Tipaldou, Casula, 2018, p. 139).

Llegado al poder como el hombre que había logrado salir del controvertido problema checheno, Putin ha incorporado, con la guerra de Crimea, rasgos de clara proweniencia populista para alimentar esta retórica de la contraposición y garantizarse el apoyo de los rusos. Sin embargo, el problema principal ha sido llegar a una correcta definición entre *nosotros y ellos* en el momento en que el nacionalismo no podía servir para explicar las complejas relaciones existentes entre rusos y ucranianos.

Por esta razón, el presidente ha advertido la necesidad de recurrir a una noción diferente de pueblo para poder identificar enemigos dentro de la propia nación y amigos

fuera de esta. El conflicto con Ucrania se ha convertido, entonces, en una herramienta más, coherentemente con el análisis de Laclau, para dividir el espacio político, desarrollar un nuevo concepto de pueblo, y crear una serie de enemigos de los cuales defenderse (Laclau, 2005). Por un lado, con el objetivo de legitimar la incorporación de Crimea en la Federación Rusa, se ha presentado una idea de “rusicidad” que no puede ser definida por la nacionalidad, dato que el elemento étnico no lograría justificar la existencia de un Estado multinacional como Rusia, sino por un conjunto de valores y cualidades en nombre de las cuales se defiende una tradición de relaciones amigables entre Rusia y Ucrania. Una visión dicotómica que ve un único pueblo llamado a defenderse de enemigos internos, entre estos el mismo Gobierno ucraniano, cuyo alto nivel de corrupción ha afectado a su mismo país, y los enemigos externos, como Europa y Estados Unidos, que han intervenido en la crisis tratando de imponer su propia visión de las relaciones internacionales.

Es posible afirmar que el uso de esta retórica beligerante ha dado en un primer momento sus resultados con un significativo aumento de la popularidad del presidente ruso. Tanto las elecciones legislativas de 2016, que han visto la afirmación del partido del presidente, *Edinaja Rossija* (Rusia Unida), con el 54% de los votos, como las presidenciales de 2018, con una afirmación histórica de Putin confirmado por el 76,6% de los votantes, han dado prueba del apoyo del cual goza la política del presidente. Más allá de las inevitables perplejidades sobre el control ejercido por el Gobierno, que ha reducido significativamente la competitividad política, es significativo también que, en las pasadas elecciones presidenciales, Putin se haya presentado como el directo interlocutor de su pueblo, decidiendo competir como independiente para distanciarse de las acusaciones de corrupción dirigida al partido Rusia Unida. Una estrategia de identificación entre un *silnyj president* y una *silnaja Rossija*, un presidente fuerte y una Rusia fuerte, uno de los lemas principales de su campaña, que ha sido victoriosa, y contribuye a difundir la imagen del presidente visto como “el salvador” del pueblo, el hombre que ha restaurado el Estado centralizado en el interior y ha defendido los intereses nacionales en el exterior (Milosevich, 2018). Sin embargo, las crecientes manifestaciones de protesta que han cruzado el país en la última década nos recuerdan que la supervivencia del putinismo, como forma de Gobierno conservadora, populista y personalista (Fish, 2017, p. 61), depende de la capacidad de seguir utilizando la confrontación con Occidente en la política exterior, de controlar la oposición política y la sociedad civil en el interior, y de garantizar aquellas reformas necesarias para preservar la soberanía nacional y fomentar el crecimiento económico de la Federación.

No se puede, de hecho, subestimar que el líder que da voz a las expectativas de sus electores tiene necesariamente que responder a estas. En efecto, el poder fuerte es sujeto a desgastarse rápidamente porque se legitima principalmente de acuerdo con la capacidad de realizar lo que ha prometido. Esto implica que la estabilidad interna sea bastante precaria porque deriva principalmente de la coyuntura política y económica; en un momento de crisis, el apoyo al Gobierno puede, por eso, faltar y causar agitaciones sociales. Se determina, así, un círculo vicioso donde el presidente sabe que su legitimidad, y el consecuente consenso, derivan de lo que es capaz de ofrecer; como vive en un clima de constante inseguridad, necesita seguir con la centralización política para no perder el control sobre el país. Los fermentos democráticos que se han presentados también en los últimos meses en la Federación de Rusia pueden ser leídos en esta perspectiva: hay una creciente demanda de participación por parte de algunos sectores de la sociedad que están exigiendo un cambio en un Gobierno siempre más iliberal e incapaz de cumplir con las promesas de modernización del país.

Efectivamente, las sanciones económicas impuestas después de la guerra en Ucrania, y la caída del precio de petróleo y gas, han evidenciado una vez más los graves problemas estructurales de Rusia y motivado una reflexión sobre reformas necesarias y pospuestas por demasiado tiempo de las cuales dependerá el futuro del mismo Putin. Las críticas a la crisis económica y social representan, así, un terreno fértil para las oposiciones que, de todas formas, parecen ser aún más populistas que su propio presidente. Desde el partido liberal-demócrata de Vladimir Žirinovski, representante de un nacionalismo xenófobo, al partido comunista de Zjuganov, todos parecen compartir con el presidente un mensaje político fundado en un poder fuerte y el regreso al mito de la grandeza imperial rusa. Una especial atención se ha dirigido, últimamente, hacia lo que parece ser el hombre nuevo capaz de desafiar a Vladimir Putin: Aleksej Navalnyj, el abogado y bloguero que ha liderado las primeras manifestaciones contra Putin en 2011-2012 y que en 2019 ha sido protagonista de varios momentos de confrontaciones en los desórdenes que han acompañado las elecciones municipales del mes de septiembre (Gorokhovskaia, 2019). Elecciones que, a pesar de la afirmación del partido del presidente, han visto una muy baja participación popular y la posibilidad para la oposición de ganar 20 escaños en la Asamblea Legislativa de Moscú. Un resultado positivo si se considera la turbulenta campaña electoral y la oleada de persecuciones judiciales contra los manifestantes que ha llevado a la cárcel al mismo Navalnyj. En realidad, también él, actualmente al centro de la atención de los observadores occidentales que lo consideran una esperanza para el cambio político del país,

parece utilizar elementos populistas (de Pedro, 2017, p. 51) apelando al pueblo, con un programa no muy claro, principalmente enfocado en la lucha anticorrupción en contra de los poderes fuertes y en una postura nacionalista que lo ha llevado a abandonar, en 2007, el partido liberal Jabloko, consciente de no ganarse el consenso de la población persiguiendo una política pro-occidental (Lassila, 2016).

Conclusiones

A pesar de no haber surgido de un movimiento populista, siendo Putin nombrado por Eltsin para garantizarse una tranquila salida de la escena política, a lo largo de los años el presidente ruso ha perfeccionado varios mecanismos del populismo en la medida en que, a través de la guerra interna al sistema oligárquico y una política exterior que se alimenta con la creación de un enemigo externo, ha realizado “un sistema cada vez más estático (que) continúa funcionando según el principio populista de dividir el espacio político” (Casula, 2017). Si bien el sistema esté demostrando unas grietas, debidas principalmente al progresivo deterioro de la economía rusa, el Gobierno sigue gozando de un apoyo bastante sólido, incrementado por la guerra con Ucrania, que ha ofrecido una nueva fuente de legitimidad. En este contexto, Putin representa la piedra angular de una sociedad dividida, portavoz de las aspiraciones de su pueblo en contraposición con el “*establishment* gubernamental”, considerado como el responsable de todos los fracasos y los límites de la acción de Gobierno. A pesar de las protestas en contra de un Gobierno que para perpetuarse reduce el pluralismo político volviéndose siempre más autoritario, las perplejidades sobre previsiones optimistas dependen de la dificultad de salir de un escenario que se parece a estas experiencias de “dictadura populista” o “autoritarismo populista” en las cuales se observa un debilitamiento de las instituciones en favor de la personalización de la dimensión política (Canovan, 1981, pp. 136-172). De hecho, históricamente la sociedad rusa se ha caracterizado por “bajos niveles de confianza impersonales [en las instituciones que] vienen equilibrados por una fuerte confianza interpersonal” (Ledeneva, 2013, p.11). Bajo esta perspectiva, el futuro de Rusia sigue siendo imprevisible porque, en un contexto de generalmente escasa participación de la sociedad civil, termina por depender de los programas populistas de quien, en un específico momento histórico, se presenta como el artífice de un cambio radical en el país.

Referencias

- Berlin, I. (2008). *Pensadores Rusos*. México: FCE.
- Canovan, M. (1981). *Populism*. Nueva York-Londres: Hartcourt Brace Jovanovich.
- Canovan, M. (1999). Trust the people! Populism and the two faces of democracy. *Political Studies*, (1), 1-16.
- Casula, P. (2013). Sovereign Democracy, Populism, and Depoliticization in Russia: Power and Discourse during Putin's First Presidency. *Problems of Post-Communism*, (3), 3-15.
- Casula, P. (2017). *Populism in Power: Lessons from Russia for the future of European populism*. The Dahrendorf Forum. Alemania. Disponible en: <https://www.dahrendorf-forum.eu/populism-in-power-lessons-from-russia-for-the-future-of-european-populism/>.
- Daly, J.W. (1998). *Autocracy under Siege: Security Police and Opposition in Russia: 1866-1905*. DeKalb: Northern Illinois University Press.
- de Pedro, N. (2017). Putin: icono de los populismos euroatlánticos. En E. Woertz (Ed.), *El populismo en Europa: ¿de síntoma a alternativa?* (pp. 49-52). Barcelona: CIDOB.
- Eklof, B., Bushnell, J., Zakharova, L. (Eds.). (1994). *Russia's Great Reforms, 1855-1881*, Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- Fish, S. (2017). What is Putinism? *Journal of Democracy*, (28), 61-75.
- Gorokhovskaia, Y. (2019). Protest and Regional Elections. *Russian Analytical Digest*, (239), 2-4.
- Herzen, A. (1958). *Revoljucija v Rossii* (La revolución en Rusia). En *Kolokol* del 1 de Agosto de 1857. Ahora en A. Herzen. (1958). *Sobranie Socinenij* (Obras Completas). Moscú: Ak. Nauk SSSR.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2001). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a radical Democratic Politics*. London-New York: Verso.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lassila, J. (2016). Aleksei Naval'nyi and Populist Re-ordering of Putin's Stability. *Europe-Asia Studies*, (1), 118-137.
- Ledeneva, A. (2013). *Can Russia Modernise? Sistema, Power, Networks and Informal Governance*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Malia, M. (1972). *Alle origini del socialismo russo. A. Herzen, l'intelligenza russa e la cultura europea*. Bologna: il Mulino.
- Mény, Y. y Surel, Y. (2004). *Populismo e democrazia*, Bologna: il Mulino.

- Merkel, W. (2017). Por qué perduran los regímenes autoritarios. *Nueva Sociedad*, (267), 46-52.
- Milosevich, M. (2017). Rusia Truncada: el populismo ruso contemporáneo. En A. Rivero, J. Zarzalejos y J. del Palacio. (Eds.), *Geografía del Populismo* (pp. 321-329). Madrid: Tecnos.
- Milosevich, M. (2018). Putin después de Putin. En http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/europa/ari40-2018-milosevichjuaristi-putin-despues-de-putin.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, (39), 541-563.
- Nečkina, M.V. (Ed.). (1960-62). *Kolokol*. Vol. 11. Moscú: Iz. Akademii Nauk SSSR.
- Oliker, O. (2017). Putinism, Populism and the Defence of Liberal Democracy. *Survival*, (59), 7-24.
- Pipes, R. (2005). *Russian Conservatism and its critics: a study in political culture*. New Haven: Yale University Press.
- Rivero, A., Zarzalejos J., y del Palacio J. (2017). Introducción. En A. Rivero, J. Zarzalejos y J. del Palacio. (Eds.), *Geografía del Populismo* (pp. 23-26). Madrid: Tecnos.
- Rivero, A. (2017). Populismo: ¿Cómo destruir la democracia en nombre de la democracia? En Rivero, A., Zarzalejos J., del Palacio J. (Eds.), *Geografía del Populismo* (pp. 31-40). Madrid: Tecnos.
- Roodujin, M. (2014). The Nucleus of Populism: In Search of the Lowest Common Denominator. *Government and Opposition*, (4), 573-599.
- Scocozza C. (2016). Aleksandr Herzen. Un perfil histórico e intelectual. En A. Scocozza, G. D'Angelo (Eds), *Magister et Discipuli: filosofía, historia, política y cultura* T. 2 (pp. 453-466). Bogotá. Penguin Random House.
- Seton-Watson, H. (1971). *Storia dell'Impero russo*. Torino: Einaudi.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham y Philadelphia: Open University Press.
- Tarchi, M. (2003). *L'Italia populista. Dal qualunquismo ai girotondi*. Bologna: Il Mulino.
- Tipaldou, S., Casula, P. (2018). ¿Justificaciones populistas de la guerra? La intervención rusa en el este de Ucrania. *Revista CIDOB d'Afers Internacional*, (119), 135-159.
- Ulianova, O. (2003). Experiencias Populistas en Rusia. *Revista de Ciencia Política*, (1), 159-174.
- Venturi, F. (1972). *Il populismo russo*. v.1. Torino: Einaudi.
- Williams, H. (2001), Ringing the Bell. Editor-reader dialogue in Alexander Herzen's *Kolokol*. *Book History*, (4), 115-132.
- Zanatta, L. (2013). *Il populismo*. Roma: Carocci.

